

La memoria de las masacres como alternativa para construir cultura política en Colombia¹

Fecha de recepción: 17 de agosto de 2010

Fecha de aprobación: 30 de agosto de 2010

Milton Molano Camargo²

RESUMEN

El propósito de este artículo es argumentar acerca de la importancia de construir una memoria de la crueldad en Colombia que aporte en la consolidación de una historia alternativa, con el fin de que las nuevas generaciones comprendan la dimensión de lo que nos ha venido pasando y puedan construir, desde el mundo de la vida, una nueva cultura política para una democracia real y unas nuevas ciudadanías. Para este fin, se hace un recorrido histórico sobre tres momentos de las masacres en Colombia: el hito paradigmático de la Masacre de las Bananeras, la Violencia partidista de los años cincuenta y sesenta, y la violencia del proyecto paramilitar de los años ochenta y noventa durante el siglo XX. Luego se hacen evidentes los vínculos que pueden esta-

blecerse entre la memoria, la identidad y la cultura política, con la necesidad de acentuar y fortalecer la existencia de distintas culturas políticas que entrañan modelos alternativos, no hegemónicos, de ser ciudadano y de pensarse como colombiano. Finalmente se proponen relatos de víctimas que permiten una función develatoria del lenguaje, que vaya más allá de lo que los conceptos puedan expresar y crea la posibilidad de representar la experiencia traumática, en la consolidación de un juicio reflexivo para la deliberación pública.

Palabras clave: memoria alternativa, masacres, narrativas, cultura política, juicio reflexionante.

1 Artículo escrito en el marco del Seminario Educación, Cultura Política y Proyecto de Nación en América Latina: Aproximaciones Históricas. Dirigido por los profesores Martha Cecilia Herrera (Universidad Pedagógica Nacional) y Pablo Pineau (Universidad de Buenos Aires), junio de 2010.

2 Profesor investigador del Departamento de Formación Lasallista (CELA) de la Universidad de La Salle. Líder del grupo Intersubjetividad en Educación Superior. Estudiante del Doctorado Interinstitucional en Educación (DIE) Universidad Distrital Francisco José de Caldas. Correo electrónico: molano@unisalle.edu.co

THE MEMORY OF THE MASSACRES LIKE ALTERNATIVE TO CONSTRUCT POLITICAL CULTURE IN COLOMBIA

ABSTRACT

The intention of this article is to argue about the importance of constructing a memory of the cruelty in Colombia that reaches in the consolidation of an alternative history in order that the new generations understand the dimension from which it has come to us happening and can construct, from the world of the life, a new political culture for a real democracy and new citizenships. Taking account this goal, it occurs an historical route on three moments of the massacres in Colombia: the paradigmatic experience of the Massacre of the Bananeras, the partisan Violence of 60 years 50 and and the violence of the paramilitary project of the Eighties and ninety, during the 20th century. Then there become evident

the links that can be established between the memory, the identity and the political culture by the need to accentuate and strengthen the existence of different political cultures that there contain alternative, not hegemonic models, of being a citizen and of be thinking as Colombian. Finally it proposes victims stories that allow a uncover function of the language that goes beyond what the concepts could express and to believe the possibility of representing the traumatic experience, in the consolidation of a reflective judgment for the public deliberation.

Keywords: alternative memory, massacres, narratives, political culture, reflective judgment.

Algunos, poquísimos en verdad, se arrepintieron, pidieron ser transferidos al frente, proporcionaron cautas ayudas a los prisioneros o eligieron el suicidio. Debe quedar bien claro que responsables, en grado menor o mayor, fueron todos, pero que detrás de su responsabilidad está la gran mayoría de alemanes, que al principio aceptaron, por pereza mental, por cálculo miope, por estupidez, por orgullo nacional las “grandes palabras” del cabo Hitler, lo siguieron mientras la fortuna y la falta de escrúpulos lo favoreció, fueron arrollados por su caída, se afligieron por los lutos, la miseria y el remordimiento, y fueron rehabilitados pocos años más tarde por un juego político vergonzoso.

Primo Levi. *Los hundidos y los salvados.*

He decidido escribir sobre el presente, aún sabiendo de las múltiples dificultades que esto entraña, porque cualquier percepción sobre los hechos ocurridos tiene una enorme carga de subjetividad. Sin embargo, escribo porque lo considero un deber intelectual en la necesidad de que un esfuerzo colectivo permita transformar la manera en que pensamos los hechos de crueldad que han marcado la historia reciente de Colombia.

Frente a esto reviso las páginas de los diarios en las últimas semanas y leo que la Defensoría del Pueblo alertó sobre las acciones violentas que realizan grupos armados ilegales en los municipios de Montelíbano y Puerto Libertador (Córdoba). El pasado 29 de junio de 2010 (dos días después de haber elegido al nuevo presidente de Colombia) en un caserío de Montelíbano, un grupo armado llamado “Águilas Negras” (estructuras paramilitares vigentes que el discurso oficial ha denominado “bandas emergentes”) asesinó a cuatro personas, entre ellas a un menor de edad, que pertenecían al cabildo indígena zenú Las Flores. Dice la noticia: “A raíz de la masacre y de las amenazas de muerte [...] 36 familias provenientes de la vereda Villa Carmiña se desplazaron a la cabecera urbana del municipio de Montelíbano, el pasado 5 de julio, las cuales fueron instaladas por la alcaldía

municipal en las salas de sacrificio del matadero municipal” (Revista *Semana*, 2010, 10 de julio). El final de la nota pareciera un colofón macabro de lo que está pasando en esta región.

Miro unos días atrás y me encuentro con que siete personas de una misma familia murieron en el departamento de Antioquia, al ser atacadas por desconocidos mientras se movilizaban del corregimiento Juntas de Uramita al vecino municipio de Cañasgordas. “Según declaraciones dadas al periódico El Colombiano por parte de la Secretaria General y de Gobierno de la población, entre los fallecidos habría una menor de dos años” (Revista *Semana*, 2010, 8 de julio). Las autoridades lo atribuyen a la “consecuencia del continuo enfrentamiento que se viene presentando entre las bandas criminales que operan en la región”, como si eso explicara o justificara la muerte, tal vez como si quisieran dejar insinuado que “por algo los matarían”, para que quienes leamos, tranquilicemos la conciencia y terminemos aceptando que eso hace parte del nuevo país que estamos construyendo: una cultura que legitima el “todo vale” y que sacrifica la dignidad en función de la seguridad.

La memoria oficial luego se convertirá en la historia contada y enseñada en la escuela. Las otras voces, las silenciadas, las voces de las víctimas, irán quedando al margen, sufrirán la doble desaparición: la física y la del rostro, la de su identidad como sujetos políticos, tal como lo narra García Márquez en *Cien años de soledad*:

José Arcadio Segundo no habló mientras no terminó de tomar el café. Debían ser como tres mil, murmuró. ¿Qué? Los muertos –aclaro él–. Debían ser todos los que estaban en la estación. La mujer lo midió con una mirada de lástima “Aquí no ha habido muertos”, dijo “Desde los tiempos de tu tío el coronel, no ha pasado nada en Macondo”. En tres cocinas donde se detuvo José Arcadio Segundo

antes de llegar a la casa, le dijeron lo mismo: “no hubo muertos”. Pasó por la plazoleta de la estación y vio las mesas de fritanga amontonadas una encima de otra y tampoco allí encontró rastro alguno de la masacre.

Con la desaparición de las memorias se perderán también mejores posibilidades para comprender “que aún cuando no podamos impedir que otras acciones terribles vuelvan a ocurrir, al menos podemos comprender por qué esas acciones pudieron haber tomado un rumbo distinto” (Lara, 2009:15).

El propósito de este artículo es argumentar acerca de la importancia de que una memoria de la crueldad en Colombia sea construida y articulada a una historia alternativa que confronte las visiones oficiales que hemos aprendido, con el fin de que las nuevas generaciones comprendan la dimensión de lo que nos ha venido pasando y puedan construir, desde el mundo de la vida, una nueva cultura política para una democracia real y unas nuevas ciudadanías.

UNA PINCELADA A LAS MEMORIAS DE LAS MASACRES EN COLOMBIA

Haría falta más que un pincelazo para construir un auténtico marco de comprensión de las memorias sobre las masacres en Colombia. Hay mucho material de prensa, estudios regionales o por periodos históricos, organizaciones defensoras de derechos humanos que publican informes y cifras, inclusive un Observatorio de Derechos Humanos de la Presidencia de la República que publica datos año a año desde el 2003.

Sin embargo, todo esto amerita una revisión más exhaustiva que la que aquí presento, y cuya intención es simplemente ubicar momentos clave que permitan vislumbrar las raíces de un fenómeno en el cual nos encontramos inmersos.

Retomo a Uribe y Vásquez (1995), quienes definen a la masacre como un tipo de acción social violenta para cuya descripción, explicación e imputación causal, es necesario desentrañar el fin, el sentido y el motivo. El fin se refiere a lo que se busca, el sentido a la forma como el actor o los actores lo elaboran subjetivamente, y el motivo a la conexión de sentido que para el actor o el observador, aparece como el fundamento con sentido de una conducta. Este último elemento es la clave de su imputación causal y es el campo de debate de la memoria y de su significado político (Uribe y Vásquez, 1995: 34).

Entonces habría que remontarse a la década del veinte en el siglo XX para encontrar el primer momento, que se ha conocido como “Masacre de las Bananeras”. En la exposición que se hizo la Universidad Nacional de Colombia en el 2008 para recordar los ochenta años del suceso, había un cartel que presentaba la exposición, que resume de manera magistral cómo las luchas por la memoria del tema de las masacres en Colombia están instauradas desde muy atrás y atravesadas por múltiples intereses sociopolíticos y económicos que las complejizan:

[...] es un retazo poco claro [la masacre] del panorama de la historia social colombiana. Se inscribe en las luchas obrero-campesinas de principios del siglo XX en Colombia y se relaciona con el fortalecimiento del capitalismo a nivel mundial bajo la figura del establecimiento de industrias internacionales [para este caso particular, la empresa norteamericana United Fruit Company] que se dedicaban a la explotación agrícola de extensas zonas en Hispanoamérica. La masacre de las bananeras, perpetrada por el Ejército Nacional de Colombia, fue durante mucho tiempo un tema evadido por la historiografía tradicional colombiana. Del mismo, no se hacía referencia en los libros de enseñanza de los colegios,

siendo retomado y ahondado su estudio a partir de la década de 1970 por historiadores de corte más social. La memoria de este evento, sin embargo, se ha conservado para el colectivo de la Nación a través de otros mecanismos como la historia oral, la literatura y la música popular, siendo objeto de múltiples interpretaciones y versiones. Existen, por tanto, muchos datos cuya exactitud no puede ser determinada, pero existe unicidad y claridad en los actores participantes del hecho y en los sucesos principales (Universidad Nacional de Colombia, 2008).

Un segundo momento corresponde a uno de los periodos más conflictivos de la historia reciente, conocido como La Violencia, que se extendió desde la muerte de Jorge Eliécer Gaitán (9 de abril de 1948) y por un periodo aproximado de 16 años (durante los gobiernos de Mariano Ospina Pérez, Laureano Gómez, Roberto Urdaneta, Gustavo Rojas Pinilla, la Junta Militar, Alberto Lleras Camargo y Guillermo Valencia). Contextos principales de esta guerra fueron la zona andina y los llanos orientales, marcados por una confrontación bipartidista (liberales y conservadores) sellada por la extrema intolerancia y la polarización política que dejó cerca de 200.000 muertos. El Tolima fue uno de los departamentos andinos más afectados por esta guerra; fue el espacio de las verdaderas masacres (matanzas colectivas de más de cuatro personas) (Uribe, 1991).

Las masacres fueron casi en todos los casos, sobre las poblaciones liberales; hacían parte de las estrategias de “guerra selectiva, soterrada y nocturna” a través de prácticas de hostigamiento y exterminio, como el chantaje, las “aplanchadas” con la parte plana del machete, los mensajes anónimos y amenazantes y la incineración de ranchos y parcelas. Los victimarios eran en un inicio los “chulavitas” –policías conservadores reclutados en el norte de Boyacá– con el auspi-

cio de políticos y terratenientes (Uribe, 1991). Dichas prácticas dieron origen a las autodefensas campesinas que serían la semilla de las guerrillas liberales y posteriormente de las guerrillas comunistas que aparecieron durante el gobierno del presidente Guillermo Valencia.

El final de los años de la dictadura de Rojas Pinilla y los primeros del Frente Nacional, marcan el tiempo en el que hubo más masacres, sobre todo en los municipios cafeteros de la zona norte del departamento. Sus autores son las cuadrillas liberales de “Chispas”, “Sangrenegra”, “Desquite” y “Tarzán”, con predominio de cuadrillas de filiación política desconocida, como las de “Póker”, “Errante”, “Mariposo” “Almanegra” y otros que actúan con sentimientos de venganza frente a la violencia conservadora. El bandolerismo fue aniquilado por el Batallón Colombia, al mando del general José Joaquín Matallana. La delación por parte de antiguos partidarios y las acciones del Ejército acorralaron a la mayoría de los cuadrilleros por cuya cabeza se llegaron a ofrecer cuantiosas sumas (Uribe, 1991).

Frente a este último fenómeno emerge de nuevo el conflicto de las memorias. Para Sánchez y Meertens (1983) la imagen del bandolero se construye en la tensión entre el mito campesino del vengador de los “humillados y ofendidos”, voz de los que no tienen voz, leyenda de la invisibilidad y la invulnerabilidad, protagonista de las sagas campesinas y de la memoria popular, frente al “anti-mito” oficial, cuando “el antiguo héroe es convertido en monstruo, terrorista, antisocial, desquiciado mental” (Sánchez y Meertens, 1983: 188). Esto sucede precisamente en el momento en que se conforma el Frente Nacional, sin que dicho acuerdo implique, en la realidad, generar transformaciones sustantivas en las condiciones económicas, sociales y políticas de la sociedad rural. El bandolero sin filiación política urbana, es el ícono frente al cual las clases dominantes pueden

justificar otro tipo de terror y así transmitirlo al resto del grupo social. Es decir, crear ciertas características de una cultura política del miedo frente al peligro del bandido, “la chusma”, el guerrillero, el terrorista, que justificarían su eliminación.

Por último vale la pena indicar que según Suárez (2008), el campo de investigación de las masacres en Colombia progresivamente convirtió a las masacres de La Violencia en el lente para ver las masacres de la guerra contemporánea, lo que derivó en un opacamiento de los contrastes y que se agotó en una diferencia de grado, más no de naturaleza.

Es decir, las masacres de La Violencia y las de la guerra contemporánea, se analizaron de forma equívoca con la misma fenomenología del terror. Este aspecto es muy importante, por cuanto no es la sevicia, eso de matar, rematar y contramatar lo que caracteriza a las masacres actuales, sino la escala y la intencionalidad política, tal vez mejor expresada en matar, enterrar y callar.

El tercer momento nos lleva, como ya lo mencioné, a la violencia del proyecto paramilitar de las décadas del ochenta y noventa, indudablemente asociadas al problema de la tierra, asunto permanentemente dramático en la historia de Colombia. Aunque como lo menciona Uribe (1995), cada masacre es un hecho individual, particular e irreplicable, ella misma ubica tres zonas del país en las que las masacres adquirieron rasgos comunes.

La primera es el occidente de Boyacá o zona esmeraldífera. Las masacres perpetradas corresponden, exceptuando las de Puerto Boyacá, a un tipo de conflicto muy específico que gira alrededor de la explotación y comercialización de las esmeraldas y que se genera a raíz de asesinatos de líderes locales. En 1984 se desató la última guerra entre esmeralderos: los antagonistas fueron los grupos de Borbur y Coz-

cuez y el enfrentamiento dejó unos 3500 muertos. Las masacres fueron ejecutadas durante el transcurso de la mencionada guerra, que se dio por terminada en julio de 1990 con la firma de la paz, a instancias de los líderes de ambos bandos y del obispo de Chiquinquirá.

Las matanzas son, por lo tanto, una expresión de esta guerra entre familias de comerciantes que tienen intereses económicos en la región. Pero también son resultado de la delincuencia común.

La segunda es Puerto Boyacá y el Magdalena Medio, donde evidentemente se originó el paramilitarismo Colombiano hacia 1982. Los grupos paramilitares que operaron y operan en la zona, han ejecutado numerosas masacres y han asesinado campesinos que después fueron enterrados en fosas comunes. Así han sembrado el terror entre las poblaciones donde actuaban los frentes de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC) y del Ejército de Liberación Nacional (ELN), o donde éstos tenían sus bases de apoyo, dejando a su paso una estela de muerte y desolación. La influencia del paramilitarismo del Magdalena Medio irradió hasta regiones como el Urabá antioqueño y el departamento de Córdoba, área de influencia histórica del Ejército Popular de Liberación (EPL), donde ocurrieron una serie de masacres, entre otras:

- Las de Honduras y La Negra, 17 víctimas, militantes políticos del Frente Popular, en 1988.
- La Chinita, 34 víctimas, militantes políticos de Esperanza, Paz y Libertad, en 1994.
- Vereda Coquitos, 26 víctimas, militantes políticos del Frente Popular, en 1988.
- El Aracatazo, 18 víctimas, militantes políticos de la Unión Patriótica (UP), en 1995.

- Los Kunas y Bajo del Oso, 16 y 25 víctimas, militantes políticos de Esperanza, Paz y Libertad, 1995.

La tercera fue el departamento del Meta. Allí fue evidente que el tránsito fallido hacia la legalidad de las FARC a través de la Unión Patriótica en las zonas de influencia del grupo armado, generó el hecho cierto y real de una sistemática campaña de aniquilamiento a través de masacres políticas, violencia rural y terror a la que fue sometida la dirección del movimiento, sus militantes y sus bases de apoyo. Este ha sido uno de los hechos de “politicidio” más macabros de la historia del país.

La dinámica que construyeron en el Meta los diferentes actores –Unión Patriótica, FARC, narcotraficantes, ejército y hacendados–, significó para las elites de ganaderos y hacendados la imposibilidad de resistirse al atractivo y fácil camino de la violencia, el cual fue reforzado por la concepción contra-insurgente del ejército y su alianza de intereses con los nuevos terratenientes de las mafias coqueras, tal como ha quedado evidente en el proceso judicial de la masacre de Mapiripán, en 1997.

Suárez (2008) muestra que lo que se observa en las memorias es que quienes ordenan estas masacres, registran como depositarios de la crueldad a los combatientes. En una entrevista concedida al periódico *El Tiempo* en septiembre de 1997, Carlos Castaño presentó la masacre de Mapiripán como “el combate más grande que han tenido las autodefensas en su historia. Nunca habíamos dado de baja a 49 miembros de las FARC ni recuperado 47 fusiles”. Luego, el propio Castaño indicó en una entrevista concedida a la Revista *Cambio*, que no podía entender los cuestionamientos que se le hacían por los excesos en la masacre de Mapiripán, si las víctimas eran guerrilleros de las FARC.

Por otra parte, Uribe y Vásquez (1995) anotan que las masacres ejecutadas durante los trece años comprendidos entre 1980 y 1993, ya no obedecen a una forma de resolución de conflictos exclusiva de los partidos políticos tradicionales; se han convertido en una manifestación multipartidista y heterogénea que atraviesa la sociedad de extremo a extremo, afectando la población rural y urbana. Mientras que hacia finales de los años setenta el escenario de los asesinatos colectivos era preferencialmente rural, durante la década de los ochenta y comienzos de los noventa, la mayoría de las masacres se lleva a cabo en las grandes ciudades como Medellín, Cali y Bogotá. Al tradicional escenario de la violencia rural se sumó el escenario urbano, lo que significa que en Colombia se están construyendo ciudades en cuyas periferias, la cultura política para la resolución de los conflictos tiende a forjarse por la vía de los hechos.

Los procesos judiciales desatados por la Ley de Justicia y Paz, las confesiones de los paramilitares a lo largo de estos diez primeros años del siglo XXI, y la lucha de las víctimas por reclamar sus derechos, han ido complejizando la visión sobre las masacres. Por otro lado y aunque las cifras han disminuido, estamos lejos de haber superado esta catástrofe, mientras que una memoria oficial que invisibiliza a las víctimas, tiende a imponerse sobre estas voces que sufren un doble silenciamiento.

El trabajo monodimensional de la memoria es reforzado por los medios de comunicación. A modo de ilustración, basta mirar cómo en estos días la televisión transmite una serie sobre la operación Jaque, a través de la cual el ejército colombiano liberó un grupo de secuestrados por las FARC. Llama la atención por qué no ha habido una serie sobre los jóvenes asesinados por el ejército y presentados luego como guerrilleros, en lo que se ha conocido como los “falsos positivos”, o sobre las masacres de los noventa,

como una manera de propiciar un juicio colectivo sobre hechos que pudieron haber sido de otra manera. Indudablemente, la construcción de memorias alternativas es una tarea inaplazable.

CULTURA POLÍTICA Y MEMORIA ALTERNATIVA ¡HE AHÍ LA CUESTIÓN!

En este apartado me interesa hacer evidentes los vínculos que pueden establecerse entre la memoria, la identidad y la cultura política. Mi hipótesis es que la manera en que en Colombia se levanta la memoria oficial sobre los acontecimientos, y en este caso sobre los hechos de crueldad, sirve a los intereses particulares de ciertos grupos que necesitan fundar una identidad, que llamaré nacional, siguiendo a Hobsbawm, que contribuya a la constitución de cierto tipo de ciudadano, es decir de sujeto político, útil a los intereses del proyecto hegemónico neoliberal dominante en el país.

Hobsbawm (1991) cita a Ernest Gellner; define el nacionalismo como el principio que afirma la congruencia entre la unidad política y nacional, y la sobreposición del deber político para con la organización política sobre otras obligaciones públicas, de lo que puede derivarse el carácter inventado, artificial en la construcción de la identidad de la nación. Indica que las naciones y los nacionalismos deben ser analizados no sólo a partir de elementos territoriales, como suele usarse, sino de condiciones políticas, administrativas, técnicas y económicas. También identifica en las dinámicas de la cuestión nacional, los fenómenos como son vividos por las mayorías, por las personas normales que no siempre reproducen los discursos hegemónicos o elitistas que representan las ideologías oficiales y que abrirían paso a lo que explicaré más adelante como alternativo.

Cuando leo algunos elementos de la memoria oficial, por ejemplo, las palabras del presidente Uribe en la

Macarena (Meta) a propósito de la denuncia sobre fosas comunes encontradas allí, en las que afirma:

Esta Patria construirá sobre los hechos de ustedes [las fuerzas militares] una bella leyenda. Cuando los científicos, los universitarios, los turistas puedan venir aquí masivamente a conocer estos prodigios de la naturaleza, la historia habrá de contarles que eso se pudo, que eso se puede, porque los soldados y policías de Colombia derrotaron el terrorismo (Presidencia de la República, 25 de julio de 2010).

Entiendo que apunta a afianzar, según Hobsbawm (1991), la idea de patriotismo que invoca a la patria menos en nombre de un pasado, una lengua o una raza común, y más en función de un proyecto por construir que unifica, que se va convirtiendo en un patriotismo de Estado: “Todo esto subraya las diferencias entre ‘nosotros’ y ‘ellos’. Y para unir a secciones dispares de pueblos inquietos, no hay forma más eficaz que unirlos contra los de fuera” (Hobsbawm, 1991: 100).

Es claro entonces, que dicho proceso de identificación nacional apunta a configurar una cultura política, no en el sentido que privilegia el enfoque en torno a los individuos. No se entiende la cultura como normas, valores y actitudes individuales, sino como manifestaciones colectivas del fenómeno, como red de significaciones sociales y lo político como manifestaciones que rebasan lo institucional y lo hegemónico (Herrera et ál., 2005).

Al concebir la cultura en sentido amplio,

[...] como el conjunto de prácticas y representaciones en torno al orden social establecido, a las relaciones de poder, a las modalidades de participación de los sujetos y grupos sociales, a las jerarquías que se establecen entre ellos y

a las confrontaciones que tiene lugar en los diferentes momentos históricos (Herrera et ál., 2005: 34),

se infiere la necesidad de acentuar y fortalecer la existencia de distintas culturas políticas que entren modelos alternativos, no hegemónicos, de ser ciudadano y de pensarse como colombiano.

Dicho proceso necesita de memorias alternativas que lo fundamenten. Asumo dicha categoría con el poder que le atribuye Adriana Puiggros (1991) cuando define lo alternativo en el marco de la lucha por la hegemonía y en el contexto de sus condiciones de producción, circulación y uso en su historicidad. No interesa como pauta para construir una historia paralela desligada de la historia oficial, sino de reinscripción en la historia hegemónica que modifique el conjunto de los discursos en juego. La reinscripción, dice Puiggros, se da del fragmento en el relato, de tal modo que no es una colección de anécdotas, sino de tomarlas “como huellas de discursos desarrollados en complejas situaciones sociales” (Puiggros, 1991: 23). Las alternativas no interesan como estudio de caso, sino como síntomas que denuncian procesos.

Por otro lado, siguiendo a Mariño (2006: 133), vale la pena tener en cuenta que las batallas de la memoria encuentran en el olvido su contracara necesaria: “El temor al olvido motoriza los trabajos de la memoria desde una doble preocupación: recordar para no repetir y el afán de hacer justicia”. Las memorias luchan por la hegemonía de un relato sobre el pasado y sus trabajos son difíciles por los efectos incómodos que tienen sobre la sociedad que cuestionan.

La memoria es siempre una versión de la historia. Construir la memoria es realizar en el presente una intervención política sobre él. Hay una memoria oficial que se construye con un interés que podría desplegar un carácter transformador en la sociedad,

pero que corre el riesgo de osificarse si se trata de “una negociación de significados” o de la imposición de un significado, como en el caso colombiano, que busca mostrar que en cierto modo, era inevitable una dosis de crueldad para lograr la pacificación y la derrota de los “terroristas”.

Finalmente a este respecto, hay que recordar que la memoria es central en los procesos de socialización política y que las instituciones desempeñan un papel protagónico. Como lo afirma Herrera:

[...] podría decirse que la conformación de cultura política obedece a una lógica plural que tiene lugar en múltiples escenarios de la sociedad. Así si en principio la familia fue concebida como la institución encargada de formar las pautas necesarias para la vida social (transmisión de la herencia cultural), hoy el papel compete también a la escuela, cuyos juicios y sanciones pueden confirmar los de la familia, pero también contrariarlos u oponérseles y contribuyen de forma absolutamente decisiva a la construcción de la identidad (Herrera et ál., 1995: 43).

Al mismo tiempo, la formación de cultura política va más allá de la escuela y se expresa en múltiples escenarios sociales, modelando identidades sociales e individuales:

En dichos procesos de formación se presenta una compleja relación entre el conocimiento del que se van apropiando los individuos, su propia experiencia biográfica y las interrelaciones que se dan dentro de los grupos sociales en los que se actúa, incidiendo en la forma de asumirse y comportarse como seres políticos (Herrera et ál., 1995: 44).

Es imperativo que las memorias alternativas encuentren un lugar en los espacios institucionales de socialización política, de manera especial en la escuela; de otra manera seguiremos apostando a una formación aséptica al conflicto armado, a las contradicciones socioeconómicas y al intento por comprender la crueldad humana. Renunciar a esto último, es estar abocado a no haber aprendido nada de las catástrofes, como lo ha llamado Habermas en su ensayo titulado “Aprender de las catástrofes: una mirada hacia atrás en el corto siglo XX”.

En síntesis, como afirma Herrera,

[...] se requiere como parte de la formación ciudadana, llevar a cabo políticas en torno a los múltiples relatos sobre el conflicto que pugnan por abrirse paso, en medio de luchas por la memoria, en las cuales el poder y el horror de la guerra imponen cruentos recuerdos y olvidos. Se requiere de políticas de la memoria en las que las víctimas ocupen un lugar de dignidad y obtengan resarcimiento moral y en donde los victimarios sean castigados sin conducir a falsos perdones y olvidos, que sólo acumulan violencias subterráneas (Herrera, 2009: 15).

RELATO Y JUICIO REFLEXIONANTE

Cuando se leen los relatos de los sobrevivientes de las masacres, queda una sensación difícil de describir, que golpea la sensibilidad. Es claro que los hechos relatados no son meras injusticias. Es evidente que es algo mucho más profundo, inefable, que podría llamarse crueldad humana, que pertenece a lo que podría denominarse paradigma del mal, como una esfera particular autónoma, que necesita de categorías nuevas para ser comprendida (Lara, 2009).

La crueldad produce la destrucción de la identidad de los seres humanos de manera permanente; es de-

cir, causa un daño al producir una herida moral que establece un nexo permanente entre el victimario y la víctima. El relato puede permitir una función develatoria del lenguaje, que vaya más allá de lo que los conceptos puedan expresar y crea la posibilidad de representar la experiencia traumática.

María Pía Lara (2009) aporta la categoría de juicio reflexionante, que retoma del concepto kantiano, asumido luego por Hanna Arendt:

El filtro moral que supone este tipo de paradigma, hace posible que interpretemos lo que está en juego cuando descubrimos la conexión entre una infracción específica a la integridad humana y una forma expresiva que la describa con medios develatorios, los cuales iluminan la dimensión que constituye el concepto normativo de daño moral.

A este tipo de ejercicio lo denomino “juicios reflexionantes”, los cuales constituyen el resultado de esfuerzos colectivos realizados para alcanzar la comprensión histórica del mal (Lara, 2009: 29).

El juicio reflexionante permite comprender que la crueldad es una acción humana que queda tematizada, y por lo tanto es producto de la libertad que es problematizada. Así el asunto del mal supera la visión metafísica tradicional desde la teodicea y lo pone como una situación histórica, una responsabilidad humana. Además, el juicio reflexionante genera nuevas comprensiones morales y sobre todo, favorece la deliberación pública para una autocrítica y examen social; es decir, el juicio reflexionante a partir de los relatos, aporta a la construcción de una cultura política más consciente y democrática.

A continuación, como una manera de contribuir a la tarea colectiva de construir juicios reflexionantes que permitan el autoexamen social, presento algu-

nos testimonios de sobrevivientes de masacres. Intento captar algunos elementos de la tragedia que permitan comprender que lo que pasó pudo ser de otra manera.

UNA ACCIÓN DE GUERRA. “LOS OTROS, LOS ENEMIGOS, SE LO BUSCARON”

Estas narrativas nos revelan que para el victimario, la masacre es una cara de la guerra contra un rival al que hay que exterminar y que en cierta medida “se buscó” su suerte. Justificación que no es difícil encontrar en muchos miembros de la sociedad civil como un elemento que ha venido ganando espacio en la cultura política colombiana. En la masacre hay uniformes, armas largas, el despliegue de una batalla que puede ser una exageración en la explotación del estado de indefensión de las víctimas, pero que connota una necesidad en el victimario, por afirmar su identidad como combatiente en relación con la víctima. La acción de guerra es contra un enemigo que puede levantar la cabeza en cualquier momento; por lo tanto despliega una estrategia, unas funciones distribuidas, unos “elementos” dados de baja, un fin que justifica cualquier medio.

El silencio de las víctimas, derivado del estado de indefensión y la coacción brutal que acompaña a una masacre, es percibido por el victimario como sinónimo de la culpabilidad de las víctimas y la derrota del enemigo. La masacre se vuelve el corolario de la victoria (Suárez, 2008).

Permítame contarle qué sucede allí: está el comandante del frente 37 de las FARC, el señor Martín Caballero, un hombre que ha hecho cualquier cantidad de pescas milagrosas en la vía a la Costa, en los últimos cinco meses secuestró centenares de personas inocentes, atentados terroristas en estos pueblos, con bombas ha hecho cualquier cantidad en las

ciudades de la Costa Caribe. Es una guerrilla de medio tiempo, una guerrilla virtual, está en la tarde y en la noche duermen como campesinos, existen un día como guerrilla y al día siguiente son campesinos [...] Yo lamento que situaciones como ésta se presenten, pero ante todo, creo que se está evitando un mal mayor con una incursión como ésta, dura, sí, fuerte. Sí, difícil que el país la entienda, no tiene aceptación de ninguna manera, pero yo creo que las cosas que se impiden con acciones como éstas, a largo plazo, son muchísimas (Palabras de Carlos Castaño, en Sánchez et ál., 2009: 37).

De ahí salimos después que terminaron de hablar con ellos y cogimos un camino que va hacia Las Yeguas. Ahí nos volvimos a encontrar con ellos. Entonces 07 le dijo a mi capitán que si era que nos íbamos a dar plomo, que cagada que nos fuéramos a dar plomo, porque estábamos peleando por la misma causa y entonces mi capitán dijo que no [...] En Las Yeguas hubo una reunión de los cuadros, ¿quién no estaba de acuerdo con lo que se había hecho?, el único que mostró desacuerdo fue un cabo. Él dijo que entropáramos, pero los demás dijeron que estaba loco, que los paras podían hacer lo que no podían ellos, que era de cogerlos así estuvieran de civil y poder matar a los guerrilleros (Masacre de El Salado [2000], en Sánchez et ál., 2009a).

Como a las seis y media de la mañana llegaron a dos fincas vecinas unos hombres armados, rodearon las casas, sacaron a los hombres uno por uno y se los llevaron para el sembrado de cacao; luego pasaron por los tres pelaos que se estaban bañando en el río... los tipos iban bien armados... algunos llevaban uniformes de color verde... Al rato que se los llevaron

nos reunimos en la casa vecina y al momento escuchamos los disparos y nos pusimos a llorar. Esperamos un rato. Cuando estuvimos seguros de que no había nadie... nos fuimos a avisarle a los vecinos, porque no nos atrevíamos a llegar al sitio donde quedaron... con los vecinos arrimamos al sitio y allí los encontramos. A casi todos les acabaron la cabeza (Masacre del Castillo [Meta], en Uribe y Vásquez, 1995: 62).

Cuando dijeron “aquí vamos a hacer unas preguntas, el que hable, muchos se salvarán, y si no habla, ya sabe lo que les toca”. La pregunta era si la guerrilla vivía aquí si la guerrilla tenía mujer aquí, si la guerrilla bailaba aquí, si a la guerrilla le cocinaban aquí, un poco de feria de preguntas. “Hombe, sí, pasan por aquí, pasan por allá, uno no sabe”. Entonces dijeron “¿no saben?, entonces van a tener que hablar..., cuando ya él clamaba “ay madre mía, madre mía”, ellos le dijeron “hijueputa, aquí no te salva ni el putas, dónde está la guerrilla para que te salve, dile que venga, dónde está Boris, hijueputa” [...] (Sánchez et ál., 2009: 37).

En la cancha empezaron a sacar persona por persona. Luego sacaron a Luchito (Luis Pablo Redondo), a él le dijeron “tú eres el presidente de la Acción Comunal, guerrillero hijueputa”, le hicieron una ráfaga. Le partieron toda la cabeza, se le reventaron los sesos. Un paraco los cogió, los mostró y se los metió nuevamente. “Ya vieron para que aprendan, no se metan más con la guerrilla” nos decían ellos [...] (Sánchez et ál., 2009: 38).

El 14 de enero de 1990, entre las 20:30 y las 22:50 horas de la noche, incursionó violentamente en el corregimiento de Pueblo Bello, dicho grupo de paramilitares, en dos camiones marcas Dodge-600, aparentemente hurtadas,

divididas en cuatro grupos. Cada grupo estaba al mando de un “jefe de comisión” y tenía funciones específicas: ocupar el centro de la población y “capturar” a las personas “sospechosas”; cubrir las vías de escape aledañas a Pueblo Bello; y bloquear las vías que de Pueblo Bello conducen a Turbo y a San Pedro de Urabá. Dichos paramilitares portaban armas de fuego de diferente calibre, vestían de civil, así como prendas de uso privativo de las Fuerzas Militares, y llevaban en el cuello trapos rojos y rosados (Masacre de Pueblo Bello [1999], en Corte Interamericana de Derechos Humanos, 2006: 51).

UN TEATRO DEL HORROR. LA BANALIDAD DEL MAL

Las siguientes narrativas muestran a los victimarios como agentes morales banales, en el sentido que Arendt lo explicó: como sujetos carentes de juicio moral, que burocratizan la muerte, la dejan al azar, llevan listas de las cuales escogen víctimas, construyen lugares para ejecuciones a los que ponen nombres famosos. Tal como lo indica Lara (2009: 97): “Arendt capta con perfecta claridad nuestra necesidad de conceptualizar los crímenes contra la humanidad como si estos fueran un nuevo capítulo en la comprensión de nuestra noción de la justicia”.

Dos hombres, recuerda, comentaron que estaría bajo tierra en “las torres gemelas”: un lugar que se hizo famoso en la época difícil del conflicto porque allí escondían y asesinaban a las mujeres. A la abuela se le erizaron los pelos y a los pocos días, con la fortaleza que sólo pueden tener las mujeres con hijos desaparecidos, resolvió caminar sola los rastros con una pala en la mano para despejar los rumores. Pero no encontró nada. Semanas después, insistió un par de veces en otros parajes que ella había seleccionado al azar por

las veredas de San Carlos. También fue inútil la búsqueda. Hasta que una noche, en medio de un fuerte presentimiento, decidió regresar a “las torres gemelas”. Ella dice que fue su hija la que le habló en un sueño. Esta vez le pidió a un yerno que la acompañara. Palearon muy cerca de donde lo había hecho la primera vez y sintió que la tierra estaba blandita. “Aquí está mi hija”, dijo, y el yerno escarbó con más fuerza hasta que la pala chocó con un hueso largo. Ahí se detuvieron. Ese único hueso le sirvió a Rosalba para descansar. Volvieron a tapar con la misma tierra, clavaron una cruz con chamizos, rezaron tres padrenuestros, sembraron un pequeño croto para señalar el lugar y corrieron a dar la noticia al resto de la familia y al personero municipal. Él es el encargado de hacer el contacto con la Fiscalía para las exhumaciones. La búsqueda había terminado (Sánchez et ál., 2009c).

La cosa se quedó así. Entonces empezaron en esta forma, tres personas las contaron de la fila, allí llegó el tipo ese El Tigre y se paró delante de mí, y dijo y alzó la mano “Y vamos a empezar y el que le caiga el número treinta, se muere”. El número 30. Fue al señor [Ermides Cohen] que le cayó ese número 30, el mío fue el número 18. Yo caí el número 18 y dije “Dios mío, no soy yo”. El 30 estaba allá [...] A ese señor lo mataron en esta forma, vea, lo pasaron y acostaron allá donde empezaron a contar. Ellos tenían bayonetas y peinillas, a ese señor como de 60 años más o menos, a ese señor lo mataron a peso y cuchillo, rajándolo, cortándolo, torturándolo (Masacre de El Salado [2000], en Sánchez et ál., 2009a).

Eran como las 10:00 a.m. y estábamos en el puerto con otras cincuenta personas. Nos amontonaron en la carretera y empezaron a dar bala. Todo el que iba llegando lo trataban

con groserías y le daban patadas... los tipos iban bien armados... Por ahí alguien dijo que tenían lista en mano y la habían leído: un encapuchado fue el que los separó y los llamó a ellos y dijo que los llevaba detenidos. A mí no se me vino a la cabeza que a ellos les fuera a pasar algo malo... al rato los pasaron para el otro lado de la carretera y nos gritaron que si escuchábamos tiros no fueran a gritar, ni a pararse, ni a correr porque nos mataban a todos... a los quince minutos se escuchó el tiroteo... al final nos gritaron que esa era la navidad que nos dejaban ahí (Masacre del Castillo [Meta], en Uribe y Vásquez, 1995: 61).

La primera vez que los paracos se entraron acá nosotros creímos que ahí se nos había acabado toda la vida [...]. Una tarde como a las cuatro de la tarde, de un momento a otro todo esto quedo cubierto de paramilitares que estaban que se entraban a este pueblo en caballos empantanados hasta los dientes, cargados hasta lo que no tenían. En este barrio no dejaron ni a una persona, niños, enfermos y viejitas a todos nos agredían con palabras ofensivas, con groserías, con papeles en mano ¿usted cree que eso es vida? De un momento a otro estar arriados, usted no podía ir despacio. Hacernos dar vueltas en el parque disparando al aire, después encerrarnos en el coliseo ¡ay Dios esa fue una cosa tenaz! Lo único que se escuchaba es que si no salíamos de las casas iban a encender el barrio, que le iban a meter candela a las casas, nos decían las cosas más asquerosas. Esa noche hubo tanto muerto... fue aterradora, se murió una persona de infarto, usted no se puede imaginar lo que pasamos allá (Sánchez et ál., 2009c).

Los militares con su actuar permitieron tres situaciones que a la par fueron referidas por el testigo Benítez. Ellas son: primera, la

coordinación anterior para prever el ingreso de los militares y la salida de los paramilitares, complicidad que percibieron las víctimas, dado el mínimo tiempo transcurrido entre una y otra situación y las expresiones escuchadas de los paramilitares quienes anunciaron la pronta llegada de las tropas al momento de partir. Segunda, el haber cumplido sólo la parte de la misión que correspondía al registro y control, omitiendo neutralizar y/o destruir a los miembros paramilitares que se encontraban en la zona, tal como lo señalaba la orden de operaciones y la tercera, ante la actitud asumida por la tropa se logró dar el tiempo suficiente para que los paramilitares huyeran del lugar (Masacre de El Salado [2000], en Sánchez et ál., 2009a).

LO INDECIBLE DE LA CRUELDAD HUMANA. LA OSCURIDAD DEL CORAZÓN HUMANO

Estos relatos cuestionan de frente el significado de la libertad. Develan el alcance de la crueldad humana y son un grito de las víctimas que estremece la conciencia, que nos lleva a preguntarnos ¿dónde estábamos nosotros cuando todo esto sucedía?

Ahí cogieron una hija del Chami Arrieta. A esa muchacha la sacaron de allá de la fila de la iglesia y por aquí en frente habían dos palos grandes y frondosos. Esa muchacha tuvo una muerte también horrible: la acostaron boca abajo, entonces vino ese tipo y se le montó en la espalda, se le sentó en la espalda y la cogió por la cabeza y la jaló duro para atrás, la jaló duro, la estranguló y la desnucó, después de haberla desnucado, buscó unos palitos pequeños, le alzó la pollera, se la quitó y le metió unos palitos por el pan, a esa la encontraron

así (Masacre de El Salado [2000], en Sánchez et ál., 2009a).

En la cancha nos dijeron “los hombres a un lado y las mujeres a un lado” y nos tiraron boca abajo ahí. Enseguida apartaron a un muchacho, le dijeron “usted se queda aquí con nosotros porque usted se nos escapó de Zambrano, pero de ésta no se nos va a escapar” le decían ellos. Él fue el primero que mataron en la cancha. Le pusieron una bolsa en la cabeza y le mocharon una oreja primero, y después lo pelaron con espino, lo acostaron y le ponían la bolsa en la cabeza. Él gritaba que no lo mataran, que no lo mataran, le pegaban por la barriga, patadas, puños, por la cara, toda la cara se la partieron primero, y nos decían “miren para que aprendan, para que vean lo que les va a pasar a ustedes, así que empiecen a hablar”, decían ellos. Nosotros le decíamos “qué vamos a hablar si nosotros no sabemos nada”. Después que lo tiraron en la cancha sí lo mataron, le dispararon [...] le cortaron sólo una oreja, él lloraba y gritaba. Fue el primero que mataron ahí [...]. Él se demoró en morir. Esa agonía de la muerte es horrible, ver como se queja una persona (Masacre de El Salado [2000], en Sánchez et ál., 2009a).

Digamos que estos son los costales donde los empacaban, que eran esos de tres rayas. Después de amarrados les llenaban la boca de agua y ahí comenzaban con una motosierra a cortarles todos los miembros del cuerpo. También llegaban y los cogían con unas navajas o bisturís y les cortaban el cuerpo, los miembros, les echaban ácido y de ahí con una de fuego, como un extintor de carros, les quemaban las heridas (Sánchez et ál., 2009).

¿Qué tiempo es éste
 en el que una conversación
 es casi un crimen
 porque incluye
 tantas cosas explícitas?

Paul Celan

RELATOS DE LA ESPERANZA. HACIA OTROS TIEMPOS

Inicialmente era que no se olvidaran, o sea que la gente no se olvidara y moler de que teníamos desaparecidos, desaparecidos, y que los civiles seguían secuestrados y que no aparecían. Cuando empieza la Ley del 2005, empieza la desmovilización de los paramilitares, con esta ley, nos damos cuenta, que primero nuestros seres queridos estaban sin dignidad, sin nombre, y no tenían voz ni rostro, porque eran una estadística. En una toma que hicieron los paramilitares en la Vereda la Esperanza, se llevaron 11 personas, pero esas personas ¿quiénes eran?, o sea no se cuenta esa historia de vida, simplemente contamos como una de las masacres emblemáticas, la vereda La Esperanza, la de Machuca, pero ¿quiénes eran? (Sánchez et ál., 2009).

La experiencia vivida se reconoce en otras personas, el estigma con el que se cargaba comienza a verse de otra manera, porque no fue algo que le paso sólo a una mujer, a una familia; se empieza a dimensionar la realidad de la violencia y a desmitificar los discursos de justificación de la violencia que culpabilizan a la víctima de su situación y legitiman el discurso de “si le pasó, por algo será (Sánchez et ál., 2009: 109).

A MANERA DE CODA

He experimentado un gran combate interior para terminar este texto. La tensión entre dejar que el relato hable, o hacer un trabajo más extensivo de interpretación; he sentido un aguijón en el corazón. Termino con la sensación de haber hecho interpretaciones que condicionan la lectura del lector y al mismo tiempo, de no haber profundizado en ellas.

La construcción de una metodología narrativa que permita construir un juicio reflexivo y propicie la deliberación pública y el autoexamen social está por construirse en Colombia. Este artículo es sólo un preámbulo que quiere mostrar esta necesidad en la investigación social.

De manera particular para el Trabajo Social como profesión interdisciplinar, ejercicios de esta naturaleza permiten,

dar paso a redes con direccionalidad política y capacidad de gestión de recursos; cuestionar la tradición evolucionista explicativa del origen de la profesión; el soporte positivista empirista naturalizador de los problemas sociales y el pragmatismo de la intervención atomizada en métodos, para fraguar la génesis de un pensamiento crítico del Trabajo Social (Molina en Alayón, 2007: 122).

Finalmente, sólo cuando como cuerpo social hayamos comprendido la dimensión de lo que pasó y de que pudo pasar de otra manera, estarán dadas las plenas condiciones para la materialización de la justicia a través de instituciones sociales y leyes nacionales e internacionales que construyan auténticos caminos de verdad y reparación.

BIBLIOGRAFÍA

1. Corte Interamericana de Derechos Humanos. Caso de la masacre de Pueblo Bello Vs. Colombia. Sentencia del 31 de enero de 2006. <<http://www.estadodederechocdh.uchile.cl/media/documentacion/archivos/Pueblobello2IPCriDH.pdf>>.
2. García, G. Cien años de Soledad. México: Santillana. 2007.
3. *El Tiempo*. “Va a haber muchos más Mapiripanes”. Septiembre de 2007, 8A.
4. Herrera, M. C. et ál. La construcción de cultura política en Colombia: proyectos hegemónicos y resistencias culturales. Bogotá: Universidad Pedagógica Nacional, 2005.
5. Hobsbawm, E. Naciones y nacionalismo. Barcelona: Grijalbo, 1991.
6. Lara, M. Narrar el mal. Barcelona: Gedisa, 2009.
7. Levi, P. Los hundidos y los salvados. Trilogía de Auschwitz. México: Océano, 2005.
8. Mariño, M. “Las aguas bajan turbias: Política y pedagogía en los trabajos de la memoria”. En: Pineau, P. et ál. El principio del fin. Políticas y memorias de la educación en la última dictadura militar (1976-1983). Buenos Aires: Colihue, 2006.
9. Molina, L. “Costa Rica: Los caminos recorridos en la formación académica y el trabajo profesional a 40 años de la reconceptualización”. En: Alayón, N. Org. Trabajo Social Latinoamericano. A 40 años de la reconceptualización. Buenos Aires: Espacio, 2007.
10. Puiggros, A. Historia de la Educación Argentina. Tomo 1: sujetos, disciplina y currículum en los orígenes del sistema educativo argentino 1885-1916. Buenos Aires: Galerna, 1991.
11. Revista *Semana*. “Defensoría del Pueblo alerta por amenazas y masacres en Montelíbano y Puerto Libertador”. Revista Semana. 10 de julio de 2010. 16 de julio de 2010. <<http://www.semana.com/noticias-nacion/defensoria-del-pueblo-alerta-amenazas-masacres-montelibano-puerto-libertador/141570.aspx>>.
12. — “Nueva masacre, en menos de una semana, enluta a Antioquia”. Revista Semana. 2008. 16 de julio de 2010. <http://www.semana.com/wf_ImprimirArticulo.aspx?IdArt=141425>.
13. Sánchez, G. et ál. La masacre de El Salado: esa guerra no era nuestra. Grupo de memoria Histórica de la Comisión Nacional de Reparación y Reconciliación. 2009a. <http://www.memoriahistorica-cnrr.org.co/archivos/arc_docum/informe_la_masacre_de_el_salado.pdf>.
14. — Trujillo una tragedia que no cesa. Grupo de memoria Histórica de la Comisión Nacional de Reparación y Reconciliación. 2009b. <http://www.memoriahistorica-cnrr.org.co/archivos/arc_docum/informe_trujillo.pdf>.
15. — Memorias en tiempos de guerra. Repertorio de iniciativas. Grupo de memoria Histórica de la Comisión Nacional de Reparación y Reconciliación. 2009c. <http://www.memoriahistorica-cnrr.org.co/archivos/arc_docum/memoria_tiempos_guerra_baja.pdf>.
16. Sánchez, G. y Meertens, D. Bandoleros, gamonales y campesinos. Bogotá: El Áncora, 1983.
17. Suárez, A. “La sevicia en las masacres de la guerra colombiana”. Revista Análisis político 21. 63 (2008): 59-77.

18. Universidad Nacional de Colombia. La Masacre de las Bananeras. 2008. 17 de julio de 2010. <http://www.museos.unal.edu.co/scs/plantilla_2.php?id_subseccion=114&id_seccion=2>.
19. — En la mesa “memoria y sociedad”. 2008. 17 de julio de 2010. <http://www.museos.unal.edu.co/scs/plantilla_2.php?id_subseccion=154&id_seccion=17>.
20. Uribe, M. “Desde la muerte de Gaitán al Frente Nacional. Violencia y Masacres en el Tolima”. *Revista Credencial Historia*. 18 (1991): 8-11.
21. Uribe, M. y Vásquez, T. *Enterrar y callar*. Bogotá: Comité Permanente por la Defensa de los Derechos Humanos, 1995.